

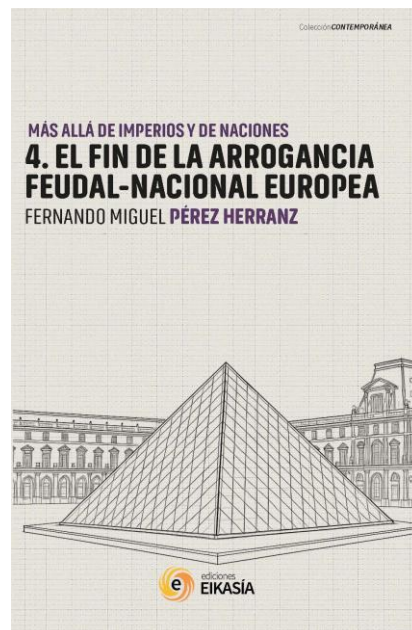
Fernando Miguel Pérez Herranz, *Más allá de imperios y de naciones, 4. El fin de la arrogancia feudal-nacional europea*

Oviedo, Eikasía, 2025, 450 pp. Colección Contemporánea

José Antonio López Cruces

Si el filósofo Antonio Escohotado confesó que, al repasar la historia económica de Occidente mientras redactaba *Los enemigos del comercio*, había descubierto de modo imprevisto que el factor decisivo no fue ni la cristianización de Roma ni las invasiones bárbaras, sino el remunerar o no el trabajo y, de modo no menos imprevisto, que el florecimiento del comunismo coincidía siempre con épocas de prosperidad, igualmente, mientras redactaba los volúmenes de *Más allá de imperios y de naciones*, Pérez Herranz descubrió algo con lo que en principio no había contado: *el verdadero hilo conductor de la historia de Europa no es el cristianismo, sino el gnosticismo*. Y a demostrar esta idea-fuerza dedica el núcleo del cuarto volumen de su ambiciosa tetralogía, una reflexión histórica no nacionalista sobre Europa, desde la Primera Cruzada hasta hoy.

Después de hacer un balance de las principales conclusiones alcanzadas en los tres primeros libros, trazar el panorama del poderoso gnosticismo de los siglos I y II de nuestra era, con su rico trasfondo cultural —religiosidad indo-iraní, mitos de salvación de las religiones místicas, la escatología asociada a la apocalíptica, las doctrinas órfico-platónicas, las figuras del Mesías— y señalar su fuerte entrelazamiento con el cristianismo inicial y el enconado combate mantenido luego contra él durante siglos por los Santos Padres, por el Agustín de *La ciudad de Dios* y por la Iglesia romana trinitaria, el autor esboza una especie de historia de los heterodoxos europeos que mostraron, y muestran, una «actitud gnóstica», caracterizada por la oposición entre un Dios bueno y unos Demiurgos o Arcontes malignos, aprendices de brujo que crearon un mundo donde se instaló un pestilente Mal ontológico que ha de ser combatido; el



deseo de no integrarse en un Mundo Extraño al que se ha sido arrojado sin más explicaciones; la presencia de un Salvador que ayudará a volver a su origen divino a las almas de los elegidos o *pneumáticos*, que, dotados de una Semilla Divina, y a diferencia de los *hyléticos* o materiales y los psíquicos, habitan la Realidad Verdadera.

Tras desplegar una fenomenología de las figuras del Salvador, el autor propone una original clasificación —fundamentada en la ontología pentadimensional de su obra *Ambiguus proteus* (2019)— de las cinco figuras estructurales de ese gnosticismo que atraviesa la historia europea hasta hoy mismo:

La tecno-hermética de los Paraísos Artificiales, llevada a su extremo con las fantasías del transhumanismo de la Era Acuario.

La culturalista, con el sueño de un mundo feliz sin mal alguno, conseguido gracias a la política salvadora del gnosticismo culturalista-progresista esgrimido por los totalitarismos de izquierda y de derecha y que desemboca en el «espíritu de Stanford» y la llamada «cultura de la cancelación».

La edénica o del Paraíso en la tierra, detectable tanto en los revolucionarios que sueñan con la felicidad general y en el marxismo que privilegia al proletariado —llamado a destruir el capitalismo, visto como sustancia y no como relación social entre individuos y estructuras de producción— como en los capitalistas que, por la vía conservadora o por la liberal pragmatista, se sueñan *salvadores* de la Humanidad.

La señorial-aristocrática o de la voluntad de poder, ejemplificable en el superhombre de Nietzsche, encarnación perfecta del exceso humano, y en el colonialismo y el imperialismo europeos, que llevaron a las dos guerras «mundiales».

La destinal o de la Tierra y la Sangre, que privilegia a un determinado cuerpo y desprecia a los cuerpos híbridos; figura que fue vencida con la derrota del nazismo, y con la que se comprometió el filósofo Martin Heidegger en *Ser y tiempo*. Su «gnosticismo de la temporalidad de los cuerpos morfológicos, de los cuerpos vinculados a la pureza de Tierra y Sangre» pensaba que el *Dasein* sólo podría salvarse si compartía el destino común del pueblo alemán con sus emociones y costumbres (*Stimmungen*). Aunque hay quien niega la filiación de Heidegger con el gnosticismo, Pérez Herranz, que ya la defendió en su libro *Tiempo soñado sobre «Ser y tiempo»* (2022), se apoya ahora en Enzo Solari, autor de «*Heideggerius gnosticus?* El sentido del recurso heideggeriano a la divinidad» (2008); Hans Jonas, discípulo de Heidegger; Karl

Jaspers, que en sus *Notas sobre Martin Heidegger* [1942-1943] señaló los peligros de su filosofía existencialista, o Rüdiger Safranski, autor de *Un maestro de Alemania: Martin Heidegger y su tiempo* (1999).

* * *

El autor reconoce que en su búsqueda del decisivo parámetro de la historia de Europa le supuso un importante estímulo la lectura de *La legitimación de la Edad Moderna* [1972] del filósofo alemán Hans Blumenberg (1920-1996), al reclamar su atención sobre el decisivo peso que tuvo el gnosticismo en el pensamiento europeo. Sin embargo, no comparte su tesis central: ni el cristianismo venció al gnosticismo resurgido con el nominalismo de Ockham y su Dios omnipotente y lejano (*Deus Absconditus*), ni la Modernidad lo logró a base de curiosidad —de la ciencia y la técnica del «Renacimiento»—, como pretende Blumenberg, que consideró una deslegitimación de la época «renacentista» la tesis de Carl Schmitt sobre las huellas de la teología medieval en la moderna visión del Estado. Cree el autor que en realidad el gnosticismo nunca fue vencido, ya que pervivió bajo buena parte del protestantismo y del calvinismo y supone el pensamiento más pujante en la actualidad, por ser más potente que el cristianismo, y porque, gracias a su discurso epidéctico, llega fácilmente a las masas, halagadas al sentirse formando parte de los elegidos por la divinidad.

Rastrea el autor la presencia del gnosticismo salvífico entre los intelectuales europeos (v. pp. 334 y ss.). Presentan un marcado sello gnóstico muchos filósofos ilustres, desde Marx, Hegel, Nietzsche hasta el deconstruccionista Derrida. Estudiosos del fenómeno gnóstico como Carsten Colpe y Thomas Hollweck citan como gnósticos a Fernando Pessoa, Georges Bataille, Jorge Luis Borges y Emil Cioran. Richard Smith nota la pervivencia del gnosticismo en William Butler Yeats, Marcel Proust, Thomas Mann, Herman Hesse, Robert Musil, James Joyce, Lawrence Durrell, Albert Camus y Jack Kerouac; el autor añade a la lista a Wagner, Carl Gustav Jung, Franz Kafka, H. P. Lovecraft y William Faulkner.

Entre los cineastas también abunda la subjetividad gnóstica. El autor la persigue en películas como *2001: una odisea del espacio* (1968) —a cuya luz interpreta *Los pájaros* (1963) de Hitchcock—, *La guerra de las galaxias* (1977), *Blade Runner* (1982), *El show de*

Truman (1998), *Ciudad oscura* (1998) o *Matrix* (1999). Especial atención presta Pérez Herranz a la filmografía del director estadounidense David Lynch (1946-2025).

A diferencia del Gustavo Bueno que planteaba en «El concepto de “implantación de la conciencia filosófica”. Implantación gnóstica e implantación política» (apéndice II de *Ensayos materialistas*, 1972) la incompatibilidad entre gnosticismo y política, el autor explica los principales hitos de la política gnóstica a lo largo de la historia europea. El furor jacobino de la Revolución francesa y el Terror de Robespierre se vieron continuados en el marxismo y el bakuninismo y en el fervor de los revolucionarios del siglo XIX —que buscarán acelerar la historia de la salvación destruyendo, aun a costa de la propia autoinmolación, a quienes la obstaculicen— y de los totalitarios del XX, fascistas y comunistas. Carl Schmitt, el arquitecto legal del Tercer Reich, teorizará el enfrentamiento entre *amigos* y *enemigos* como concreción en política del sujeto gnóstico, oposición que renace hoy de manos de los populismos creadores de muros y atizadores de odios.

Tras las dos guerras mundiales, causadas por la arrogancia feudal-nacional de unas naciones europeas supuestamente *ilustradas* y *civilizadas*, se intentó ensayar soluciones de tinte antignóstico, como el pacto entre el Capital y el Trabajo, entre liberales y socialdemócratas, que trajo una prolongada paz social a Europa, o la Constitución española de 1978. Sin embargo, el gnosticismo resurge, una vez más, con el movimiento francés de Mayo de 1968, y volverá a hacerlo con los sujetos fragmentados del ecologismo y el feminismo, o con la guerra de Irak, que, tras la destrucción de las Torres Gemelas de Nueva York (2001), buscó acabar con «El eje del Mal» y expandir a través de las armas y la mentira la democracia liberal y el libre mercado.

Pérez Herranz adjudica como tareas a los filósofos modernos el combate contra los reduccionismos y los totalitarismos gnósticos, que tan nefastas consecuencias produjeron en Europa, y contra los nacionalismos y las tentaciones neoimperialistas. En la actualidad también respira gnosticismo la cultura *woke* llegada a las universidades europeas desde universidades norteamericanas como la de Palo Alto, que exportó el llamado «espíritu de Stanford», con su teoría de la cancelación y su deseo de desconexión norteamericana respecto de la cultura occidental, identificada con Europa (desconexión intelectual consumada políticamente por la actual administración de los EE.UU.) Filosofía y democracia deben saber aprovechar las

grietas que dejen las religiones y los políticos, que tienden a aplanar y laminar sistemáticamente las ricas relaciones posibles entre los seres humanos con un pensamiento único y un único camino obligatorio.

* * *

Como cierre del volumen, el autor, seriamente preocupado por la suerte futura de Europa, y una vez constatado el fracaso de las naciones y los imperios europeos tras las dos guerras mundiales, sugiere un posible modelo alternativo a una Europa amenazada por multiculturalismos étnicos, nacionalismos, racismos y nostalgias imperialistas. Si Donatella di Cesare sugiere una Europa futura con una «identidad marrana», Pérez Herranz propone, a fin de neutralizar todo posible gnosticismo, unos Estados Europeos Tornadizos, que admitan las rutas que abren los otros (muchos de ellos antiguos colonizados suyos) y que sepan valorar lo mejor de otras culturas y religiones, además de aportar al resto del mundo los hallazgos más valiosos de la historia europea: el derecho romano, la cultura cristiana, la actitud intelectual y política de los judíos conversos de la Hispania de los siglos XVI y XVII («El hombre es hijo de sus obras», «Nadie es más que nadie», «Todos somos hijos de Adán»), que dio lugar a una literatura universal única en Europa, desde *La Celestina* y el *Lazarillo* hasta Mateo Alemán, Cervantes—el genial creador de la novela—y Gracián; el *ius communicationis* del Padre Vitoria; la *common Law*; la defensa del *habeas corpus*; la ciencia y la técnica (de signo marcadamente antignóstico).

Los programas europeos deberán establecer procesos educativos y políticos que tiendan hacia la *universalización* de todas las culturas que se cruzan en Europa, conjugando verbos como *recibir*, *redistribuir*, *educar*, fuera del marco gnóstico Amigo/Enemigo, para generar una nueva Europa que ya no abra rutas, sino que las reciba, que, tras declarar obsoletas las fronteras nacionales, se conciencie de que ha logrado conformar una exitosa Singularidad histórica. (Rutas, Fronteras y Singularidades históricas fueron las hipercategorías explicativas utilizadas por el autor en los volúmenes 1 y 2 de esta tetralogía). Y sobre todo, el *republicanismo tornadizo* europeo del que habla el autor deberá olvidar para siempre su antigua arrogancia

feudal y nacional, que tan nefastas consecuencias trajo a Europa a lo largo de su convulsa historia.

Al acabar de leer el cuarto volumen de la tetralogía de Pérez Herranz entendemos mejor su emocionada despedida en Alicante de los amigos extranjeros con quienes viajó por la geografía española y junto a los que buscó superar la visión nacionalista recibida por todos en sus respectivos liceos, escuelas y gimnasios. Y comprendemos bien su afectuoso homenaje a Alicante, cruce de rutas y crisol de gentes de diversas procedencias, trazando las semblanzas de personajes de la talla de Alfonso X, Jorge Juan, Francisco Javier Balmis, Rafael Altamira, Miguel Hernández o Eusebio Sempere, con los que simpatiza y a los que admira, a modo de agradecimiento cordial a la ciudad que lo acogió durante muchos años y que le permitió ejercer la filosofía en libertad en una atmósfera ajena a nacionalismos excluyentes.

Referencias bibliográficas

- Bueno, Gustavo (1972), *Ensayos materialistas*. Madrid, Taurus.
- Blumenberg, Hans (2008), *La legitimación de la Edad Moderna* (Edición corregida y aumentada). Valencia, Pre-Textos.
- Jaspers, Karl (1990), *Notas sobre Heidegger* (Vicente Romano, trad.). Madrid, Mondadori.
- Pérez Herranz (2022), *Tiempo soñado sobre «Ser y tiempo»*. Madrid, Brumaria.
- Pérez Herranz (2019), *Ambiguus proteus: valor, exceso y morfología*. Madrid/Oviedo, Brumaria, Eikasía.
- Safranski, Rüdiger (1999), *Un maestro en Alemania: Martin Heidegger y su tiempo*. Barcelona, Tusquets.
- Solari, Enzo (2008), «Heideggerius gnosticus? El sentido del recurso heideggeriano a la divinidad», en *Teología y Vida*, vol. 49, n.º 3. Santiago de Chile, pp. 315-338, <<http://dx.doi.org/10.4067/S0049-34492008000200009>>, [03/02/2024].